

## La educación de Marcelo Leonart<sup>1</sup>

(FRAGMENTO TOMADO DEL LIBRO HOMÓNIMO)

5

EL DÍA 17 DE JUNIO de 2011, a las once y media de la mañana, más de noventa mil estudiantes, trabajadores y gente de la calle repletaron ambas calzadas de la Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins en mi ciudad, Santiago de Chile, en una marcha que tenía como objeto protestar y exigir, pacíficamente, una educación de calidad e igualitaria para todos los chilenos. La caravana, que empezó a congregarse en las cercanías de la Plaza Italia a primera hora del día, avanzó en una columna compacta y concurrida en dirección a La Moneda y a la estación de metro Los Héroes donde, en un escenario dispuesto por los organizadores de la manifestación, un par de oradores –dirigentes estudiantiles y de movimientos sociales– se dirigirían a la concurrencia, expresando su malestar por el estado de las cosas, blablablá, su protesta por la precariedad con que el país abordaba el tema educativo, blablablá, y exigiendo cambios urgentes y radicales para cambiar la desigual realidad a la que están condenados millones de chilenos. La manifestación, la más grande en el país desde la caída del dictador Augusto Pinochet Ugarte en 1990, fue una demostración de fuerza indesmentible del descontento estudiantil y ciudadano ante un modelo educativo y económico que, en lugar de disminuir, aumenta exponencialmente las diferencias sociales, sometiendo a grandes grupos a callejones sin salida. Blablabá.

---

1 Nació en Santiago de Chile. Es escritor, dramaturgo y director teatral. Como narrador ha recibido importantes distinciones como el Premio Juegos Literarios Gabriela Mistral y el Premio Óscar Castro de Cuento. En 1998 su relato "Maribel bajo el brazo" obtuvo el Premio Juan Rulfo, otorgado en París por Radio Francia Internacional y el Instituto de México, y fue recogido en su primer libro de cuentos, *Mujer desnuda fumando en la ventana* (Planeta, 1999). En 2011 resultó ganador del Premio Revista de Libros de El Mercurio con su novela *Fotos de Laura* (Aguilar, 2012). Ese mismo año también resultó ganador del Premio Consejo Nacional del Libro por su libro de relatos *La educación* (Tajamar, 2012). Ha publicado también *La Patria* (Tajamar, 2012). En 2012 resultó ganador por segundo año consecutivo del Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, esta vez en el género novela, por su obra *Lacra* (Tajamar 2013) En teatro ha escrito y dirigido varias obras, entre las que destacan *Grita* (Selección Mejores Obras FITAM 2005), *Lo invisible* (2006), *Cuerpos mutilados en el campo de batalla* (2007) y *Todas las fiestas del mañana* (2008), todas estrenadas por La Fusa bajo su dirección. Como director también ha montado *El taller*, de Nona Fernández. Actualmente combina su trabajo como teatrista con su trabajo propiamente literario. Contacto: mleonart@vtr.net

Esa misma mañana, mientras los estudiantes gritaban consignas y algunos buscaban armar una columna paralela que llevara la protesta al mismísimo Ministerio de Educación Pública, un grupo de periodistas instalaba sus máquinas y sus grabadoras en un elegante escritorio de caoba en un elegante salón de un edificio más bien feazo en la poco elegante comuna de Renca. Ahí, en concurrida conferencia de prensa, el presidente de la empresa de retail La Polar, Heriberto Urzúa, residente en Lo Curro y reemplazante del ingeniero comercial de la Universidad Católica Pablo Alcalde, a quien el directorio de la empresa le había pedido la renuncia en medio de una avalancha de fuertes cuestionamientos públicos por las prácticas abusivas para con sus clientes (en su mayoría de los segmentos C3 y D, que han hecho del endeudamiento en casas comerciales una forma de vida), anunció, como una manera de paliar los daños y perjuicios en imagen, y cuidándose el potito ante futuras demandas judiciales, una serie de condonaciones y/o perdonazos y/o arregladas de cuentas que beneficiarían a los afectados por esas prácticas (prácticas que incluían repactaciones unilaterales de deudas con intereses usureros) y que los supuestos beneficiados, casi al momento mismo de enterarse, consideraron una burla y/o un chiste y/o una sacada de pillo kilométrica que parecía disfrazada de un acto de contrición, pero que en realidad era una manera de ganar tiempo y evitar que las acciones de la empresa, ya desvalorizadas de por sí, terminaran en el suelo.

Ese mismo día, tipín una y media de la tarde, cuando los oradores aún lanzaban al aire sus proclamas y sus buenas intenciones por los altoparlantes que llenaban de palabras el aire en plena Alameda, un reducido pero ruidoso grupo de manifestantes, premunidos casi todos ellos de pañuelos para cubrir sus caras, empezó a utilizar elementos contundentes como piedras y palos para comenzar la destrucción de elementos de propiedad de la Ilustre Municipalidad de Santiago, tales como escaños y/o postes y/o semáforos, hasta que uno o varios —o lo más probable que toda una turba al mismo tiempo— divisaron en lontananza, mientras veían cómo se acercaba un guanaco con cara de pocos amigos, una tienda que ofrecía smartphones a precios increíbles, para estar conectados siempre y en todo lugar, conéctate con Claro, claro que quieres más, y la turba claro, claro que quería más, y alguien dijo a los celulares, culiao, y entonces la turba le dio con los celulares, y rompió las rejas que los empleados ya estaban bajando porque veían que la cosa se ponía color hormiga, y también las vitrinas que ofrecían tanto smartphone a precios tan increíbles, y los empleados deses-

perados con los flaites que no parecían estudiantes sino que delincuentes, y eso eran, delincuentes, y había que secarlos en la cárcel, esas mismas que salían en la tele, los presos en condiciones tan espantosas, que se pudran, eso decían los empleados de la tienda, que tenían que defender los celulares que no eran de ellos, porque ésa era su fuente de trabajo, trabajo que les daba de comer, trabajo que les hacía pagar sus deudas con dificultad y vivir la vida honestamente como debía ser vivida.

Siete meses antes de estos incidentes, la noche del 7 de diciembre de 2010, un reo rematado de la Torre 5 de la cárcel de San Miguel, un reo que podría o no haber respondido al nombre improbable de Callahan Erasmo Armijo Armijo, bautizado de manera arbitraria por alguien sin la menor consideración a su vida y a las condiciones en las que había desarrollado su existencia, se aprestaba a pasar su última noche en ese sitio que había sido su casa, su hogar y —en compañía de ochenta internos en un espacio mal diseñado para veinte— su sitio de máxima intimidad los últimos quince años y un día. La última noche, loco, se dijo a sí mismo Callahan Erasmo Armijo Armijo y, con la disciplina de un guerrero zen, comió cucharada tras cucharada la ración de comida que le entregaba Gendarmería de Chile, jurándose a sí mismo que, ahora que estaría afuera, buscaría la manera de comer mejor. Pero cómo, se preguntó. No alcanzó a someterse a la angustia. Pero cómo, se preguntó de nuevo y respiró profundo mientras escuchaba una discusión unos metros más allá. *Saco de huevas. Culiao. Te voy a matar.* Luego fue por su toalla —un trapo hilachento que lo había acompañado mínimo cinco años en ese hotel de cinco estrellas— y se dirigió a las duchas cuando todos se aprestaban al encierro. Ay, se va a duchar, la huevona, todo porque va a salir libre, escuchó que le decían y él, impertérrito, segurísimo en su masculinidad, avanzó con sus pasos firmes, pisoteando los charcos de humedad y las pocitas de barro mientras se acercaba al agua que escurría por entre el cemento oxidado y cerdo de las duchas, y luego comenzó a desnudarse mientras se imaginaba, al mismo tiempo que su cuerpo pilucho aceptaba ese chorro directo de agua fría en ese sitio nauseabundo, cómo sería ver su piel y su cara nada más al día siguiente, cuando saliera libre, loco, libre al fin, después de quince años y un día, loco. Y mientras se lavaba la cara, mientras se lavaba la raja y las presas, Callahan Erasmo Armijo Armijo se preguntaba: ¿Me veré más bonito? ¿Será la libertad algo que se pueda impregnar en cada una de las células de mi cuerpo y proyectarse hacia fuera como una belleza nueva, dispuesta a

corregir el daño que he hecho y a compartir con el mundo esa enseñanza para hacer del mismo un sitio mejor? ¿O es este tipo de preguntas retóricas e inconducentes y huevonas el ejemplo más flagrante del daño irreversible que han causado en mi cerebro la falta de una enseñanza mínima, sumada a los monos de pasta base y los sendos guascazos con pájaro verde que me he pegado durante quince años y un día? Callahan Erasmo Armijo Armijo no se contestó ninguna de estas interrogantes. Callahan Erasmo Armijo Armijo no apagó el agua de la ducha. Porque el agua de la ducha no se apagaba. El agua de la ducha era un hilo miserable y congelado que caía por unos tubos como si fuera el manantial de una doncella en ese nido de hongos y spa de roedores de la más variada calaña. Se secó bien seco, se puso un buzo limpio que haría las veces de pijama (una ridiculez cuasi burguesa que por esa noche se permitiría) y se dirigió a su colchón duro y fiel, dispuesto a acostarse, pero sabiendo que no dormiría un carajo en ese piso cuatro de la Torre 5 de la cárcel de San Miguel, porque las cosas estaban difíciles, puta que huevaban cada noche, y la libertad sería eso, liberarse de todos esos huevones que no lo dejaban dormir, alejarse para siempre de esos idiotas que no tenían consideración por nadie, y que ni siquiera lo iban a dejar tener su última noche en paz, con un insomnio totalmente justificado, porque quien puede dormir tranquilo si sabe que al día siguiente se te abren las puertas y tienes que enfrentarte al mundo y no sabes con qué armas, con qué herramientas, no sabes nada de nada y ahí te van a dejar.

En la tele encendida, que veíamos cómodamente con Tiziano, recostados en la cama matrimonial que hasta hace tres años compartíamos con su madre, se veían las imágenes de los disturbios provocados y esperados al término de la marcha estudiantil. Largo rato. Como un videoclip interminable. Llegaron los pacos, culiao, arranquemos, no, mejor tíremsle piedras, culiao, ellos son parte de este sistema desigual que nos reprime, culiao, su sola presencia en este tipo de manifestaciones es una provocación para el pueblo, culiao, queremos más educación, culiao, no soportamos la ignorancia, culiao, que se refleja en nuestra falta total de oportunidades, culiao, que nos obliga a vivir en una miseria tanto económica como moral, culiao, porque todo es un círculo vicioso, culiao, debido a que porque no tenemos educación nunca vamos a tener plata, culiao, y plata se necesita siempre, culiao, y es el mismo sistema el que nos lleva a endeudarnos con intereses usureros, culiao, y la deuda siempre aumenta, culiao, porque siempre queremos más y siempre nos cobran más, culiao, y vivir así es tremen-

do de la angustia, culiao, y por eso que más temprano que tarde todo este rollo nos lleva a la infelicidad y a la violencia, culiao, al no poder cumplir con las expectativas consumistas que los mismos medios de comunicación –a través de la publicidad y la tele, culiao– nos obligan a aspirar. Y entonces Tiziano y yo vimos en la tele cómo las fuerzas especiales tomaron posición de choque y se dispusieron a disolver a los grupos que parecían concertados para atentar contra el orden público más allá de la autorizada manifestación ciudadana correspondiente a un país libre y con un estado de derecho funcionando, y ante el cobarde ataque de ese lumpen que se parapetaba entre los legítimos manifestantes para sólo generar el caos y la violencia, a esos uniformados garantes no les quedó otra que actuar con toda la fuerza que la ley les confiere y exige, asumiendo una ofensiva más allá de los argumentos, quédate callado, joven terrorista, las piedras parecen ser tu único lenguaje y así y todo no tenís idea de lo que estái diciendo, anarquista miembro de grupos antisistémicos. ¿No cachái que el orden público es la base del bien común, comunista de mierda? Arranca mientras tengái piernas, joven desadaptado, y suelta todos y cada uno de los celulares que llevái contigo, son propiedad privada y este palo que tu cuerpo ahora recibe te lo doy en la defensa de ese sacrosanto derecho, y en nombre de mi institución y mi bendito uniforme y de la República de Chile, mejor educación queríai, a ver si con esta lacrimógena en la cara terminai aprendiendo.

Tiziano veía las imágenes en la televisión mientras se comía de postre una manzana verde. Qué terrible, me dijo. Sí. Qué terrible, le contesté yo, mientras en la casa todavía se respiraba el olor a quemado.

